

CAZABAN DESDE NUESTRO TIEMPO

Por Juan Pasquau

DON Alfredo Cazabán durante medio siglo aproximadamente —«a caballo —como suele decirse— entre el XIX y el XX»— *conduce* la cultura del Santo Reino. Es él, personalmente, quien la lleva. Con valiosas ayudas, ciertamente; pero, siempre, la capitania es suya. Pilota el timón de «Don Lope de Sosa». «Don Lope de Sosa» es la nave fletada por Cazabán, en una época en que la navegación cultural amenazada unas veces por el oleaje político, que todo lo impregna de sabores ácidos y estancada otras en los «mares de la tranquilidad» de la desidia y de la calma chicha...; apenas puede sobrepasar, digo, «Don Lope de Sosa», la nave —más bien fragata— de Cazabán los obstáculos y condicionamientos de un tiempo poco propicio. Sin embargo, la revista rebasa un cometido de puro cabotaje (así fue siempre el cometido de las publicaciones provinciales) y su velamen alcanza el prestigio de una consideración y atención nacional. Es delicioso repasar las colecciones de «Don Lope». No es solamente que sus números nos traigan el perfume de violeta que siempre conservan los periódicos de ayer, ni que la evocación de nombres, sucesos, ideas, nos incorporen a esa auténtica comunión que es la historia; además, en Don Lope, encontramos el surco en el que han arraigado y fructificado mil semillas que ahora son árboles frondosos. La «crónica mensual de la provincia», como se titulaba la revista, está llena de iniciativas, sugerencias, peticiones, propósitos. «Don Lope de Sosa» era una publicación bifronte. O era, mejor, un corazón que, simultáneamente recogía en su cuenco la sístole cordial del pasado y distribuía en diástole generosa, a lo largo y a lo ancho del Santo Reino, todo un caudal de renovada esperanza.

Pero, ¿quién era y cómo era Cazabán? No alcancé a poder tratarlo yo personalmente. Yo era un niño en 1931, el año de su muerte. Pero, por fortuna, no faltan noticias y testimonios de su personalidad. La talla de su personalidad era tal que su desaparición de este mundo no podía llevar aneja la quiebra de su fama. Es lástima, no obstante, que no se haya acometido, con rigor, una biografía de Don Alfredo. Sería interesantísimo poder mostrar el estilo humano de nuestro ilustre cronista; penetrar en la hondura de sus motivos psicológicos, saber el proceso íntimo que condujo a este hombre, a través de una adolescencia desdichada, a una labor —labor de «plena dedicación» diríamos hoy— estrictamente cultural. Me temo que nuestro tiempo, considerados sus supuestos ético-estructurales, está poco capacitado para entender de verdad a Cazabán. La ley del «éxito rentable» que gravita sobre el mapa de nuestras ambiciones y que hace callejones de nuestras esperanzas (más interesa hoy, escribía el Dr. Aumente, *poseer y consumir, que ser y hacer*), no era la ley de Don Alfredo. Creo que nuestra sociedad de consumo lo estimaría como un raro ejemplar de fauna extinta. ¿Cómo? ¿Vivir sin descanso, trabajar sin descanso, luchar sin descanso para morir pobre? ¿Pasar de la pobreza casi dramática de su juventud a la no patética, pero no menos real, de sus sesenta años, a través de un puente de oportunidades (de éxitos literarios, periodísticos y sociales) que no le *oportunitizan* —valga la palabra— sin embargo, para el *ecumenismo del dinero*? Porque existe, no lo dudemos, un ecumenismo del dinero, que transforma al hombre —habíamos quedado en que el hombre es poseedor de un alma inmortal— en «valor de cambio». Entonces, las fronteras morales se borran y la ética toma un matiz irenista y ecléctico. Puro relativismo: es el mal del siglo.

Cazabán, historiador, periodista, arqueólogo, poeta, sociólogo, trabajador manual en su primera juventud, hombre de mundo cuando llega el caso... Cazabán, agitado de viajes, trajines, angustias; y sedado de crónicas, romances e infolios. Cazabán *estudiador* y Cazabán irónico... Las diversas especies —y hasta especies— de su polifaceterismo vital y psicológico se agrupan en un género de pleno humanismo vigorizante. ¿Cazabán es un humanista? Pero un humanista que, más que problematizar (que es lo que hacen nuestros humanistas del siglo XX) edifica, erige y construye con lo que encuentra a mano. Un hombre, en fin, con esperanza, que experto en angustias no hace de ellas materia literaria,

porque la auténtica angustia no tiene tiempo de mirarse al espejo ni de maquillar de filosofía de laboratorio y ungüentos, un mal de cuya curación solamente Dios entiende.

El centenario de don Alfredo nos afecta a todos. ¿Quién, en Jaén y su provincia, si es hombre atacado de esa líbido de la inteligencia que llamamos *inquietud*, o si, simplemente, es un *sentidor*, un *gustador* de emociones altas, no ha leído a Cazabán y de él se ha abastecido e informado? Todos hemos llevado infinitas veces nuestro cantarico a la fuente de Cazabán. Pero si su erudición y sapiencia han constituido base y estímulo para cuantas investigaciones de matiz histórico y cultural se han llevado y se llevan a efecto, si su *obra* nos ha sido eminentemente útil y decididamente insustituible, urge, además, resaltar el ejemplo de su vida. ¡Ah! Actualmente, aquí y allá, como un tópico más, salta la apelación a los «valores humanos». ¿De qué valores entiende la gente cuando habla de valores humanos? Es una frase hecha a la que cada cual pone su clave... Cazabán sostuvo el arco, centró el arco de su «humanismo», a base de «humanidad». No es una redundancia. Al contrario. Pulula cuarenta años después de la muerte de don Alfredo un humanismo más bien deshumanizado. Yo creo que el cronista que conmemoramos entendería por valores humanos estas virtudes: trabajo, esfuerzo, amor, cordialidad, bondad, esmero, esperanza, deber. En tiempos de Cazabán, los hombres, como siempre, se distinguían los unos de los otros. Los había de todas las clases y de todos los calibres: egoístas y generosos, vanos e inteligentes, beocios y espirituales, simplemente burgueses y carismáticamente señalados por la elegancia del alma... Lo que no se había hecho todavía en tiempos de Cazabán es esa clasificación de «virtudes burguesas» y... de las otras. Eso es una manera de involucrar. Las virtudes son virtudes y los pecados, pecados. Ahora está en peligro de que muchos hombres que se esfuerzan y trabajan por pulimentar su vida con las virtudes humanas de siempre, van pronto a ser lapidados (o poco menos) con el remoquete de hombres de virtudes burguesas. ¿No parece ya a muchos la fidelidad matrimonial una virtud puramente burguesa?

Nadie menos burgués que don Alfredo, gracias a Dios, Gracias a Dios, nadie con más «virtudes burguesas» que Cazabán.